

guillermo mondaca / **nocturna**

---

**NOCTURNA**

GUILLERMO MONDACA

Editorial FUGA 2013

*Primera edición*

**equipo editorial:**

Arturo LedeZma

Angela Barraza

Leticia Contreras

Cristián Gómez O.

Diseño, edición & fotografía de portada:

Arturo LedeZma

Impreso en Chile en 2013

Guillermo Mondaca  
**Nocturna**





# I

Somos el humo que abrazando su propósito de fuego  
quema la luz, borra el incendio. Nos sostiene  
la piel de la imagen arrancada, la palabra  
que se cae y se quiebra en la otra orilla de la voz nos sostiene.

Somos la mirada que apunta desde el fondo del animal,  
dejándonos huir  
como el fuego a la arcilla persigue la presencia.

No viene la composición del tiempo, únicamente  
el tacto en la continuidad de algo que no comienza;  
llovida en la ceniza la piel, únicamente,  
como un remolino de metal entre los ojos,  
mientras buscas una hebra que te sostenga  
hacia la lengua del silencio; mientras anudas  
el viento en la hélice vacía,  
¿qué es lo que se pronuncia en ese nombre borrado que te  
arrancas?,  
¿a quién despierta la luz dormida al fondo de tus ojos?;  
¿a dónde crece la precipitación de lo que junta el vidrio a lo  
continuo  
sin reflejar jamás?

Has dicho que no hay accesos, que la cumbre  
es la sombra del fuego  
en un planeta oscuro, un rincón sellado  
de escombros en tus párpados, enterrado  
en los entresueños de las manos a tientas;  
solamente un pájaro ciego buscándose la voz  
en el abismo cerrado de la distancia.

Has dicho que no hay accesos,  
con los brazos desollados entre las costillas  
como dos culebras asidas en el hambre;  
en una dirección  
de regreso que no vuelve,  
de llamada que se avergüenza;  
de rostro y de figura  
desatadas del cuerpo que propagan.

No puedes cantar con los dientes rotos  
mordiéndote la boca, ni nombrar  
sin que te propagues en lo húmedo  
de aquella región jamás pisada que son los días,  
cortados con su espada rota,  
con su sabor a metal de muchas manos los días,  
arrancados aún en su seca semilla  
como una red de humo que te quema  
en los ojos las imágenes. No puedes sacar  
al animal inconcluso  
que se ahoga creciendo en tu garganta, que te adormece  
de categorías y estructuras  
y horas y semanas lanzadas hacia el cenizado  
petróleo de los comienzos.

Porque hemos perdido la semilla entre la estría del agua;  
porque algo fue despojado, lento en la respiración de la piedra.  
La vimos alejar, hacia abajo,  
enredadera de humo en la sien de su brote,  
en pasos opuestos al girar del retorno través del mundo.

Vimos cerrarse las raíces del árbol sin haber nacido,  
lanzar únicamente un viento de canto quebrado  
entre las ramas; florecer raíces de agua seca.

Por ello, entonces, hemos de ir  
hacia el rayo que cierra lo que alrededor cubre de límites:  
generar una línea igual a sí misma para que se incendie  
/la serpiente  
en la voz inmóvil que cruza el fluir,  
en el curso bajo el cual está grabado el río:

Nuestro rostro está entremedio de la cara y el aire.

Hemos de subir, enredando la piel del círculo  
en un trazo que se abre como magnolia de bronce,  
avanzando y hundiéndonos  
de la corola  
hasta la raíz dispersa de la tierra.

Prendo mi calidoscopio en lo oscuro  
y veo al vacío, como riéndose.

\* \* \*

## II

Volveré a mi voz cuando el yo sea eco,  
abierto anillo en la línea que persigue, únicamente  
la dirección de arrastrar mi cabello a través de los surcos  
me da el salto en la profundidad desenterrada del cielo,  
porque no me voy pero sigo llegando incesantemente  
al reverso del límite que ciega las orillas.  
Volveré al tiempo tatuado en la ceniza,  
naciendo como una gota en el metal, naciendo  
en la escritura tornasol del vértigo,  
en una hoja que gira sumergida en el polvo  
rompiendo en puntos disímiles su peso sin raíz.  
Y el agua antes de ser un rostro abierto que se quiebra  
como una estatua de pájaros entre las manos;  
el líquido antes de ser la piel que sella lo visible,  
toca con su ortiga el tacto  
partido de la sed y el sonido sin cara, aún yermo,  
que dentro del viento repleta el mensaje.  
Ahí es donde se seca la procesión trenzada de los signos,  
ahí es el sendero por donde corre el sueño de pestañas que se  
/quemán,  
el contacto llagado del arpista en el arpegio de vidrio:  
materia descompuesta en ruedas enraizadas;  
el lugar que me lanza en la cuerda ciega del rayo  
hacia la composición hundida  
de los dientes en la fruta del tiempo.

En este ámbito abandono el doble espacio de mi sombra,  
en el cantar  
donde nace la bala que despierta la cerrada luz del fuego,  
como el ave que pasa y corta  
la caza en su busca, levantando la mirada desde otra torre.

Dejar que el olvido te nombre el rostro desde cerca. Subiré  
a la materia en su légamo, poblador  
en las hebras eternamente amanecidas de los ojos,  
como una llama encerrada en la ceniza,  
como la piel del río en sus rotas dagas, ciego,  
contra la continuidad entre la roca que lo florece;  
caeré, pez atravesado de espuma en su contorno, mirando  
a través del lino de la niebla, los ojos encendidos del aire.  
Volver a la negra orilla de la silueta que no se alcanza,

volver hacia la oblicua cicatriz del mar.

Entonces el quebrarse del puente que atraviesa  
el ladrado vacío hacia donde cae la voz,  
la rueda de repeticiones  
choca contra un mismo tiempo en diferentes nombres  
y se le agotan las raíces de la mirada, mientras escarba el aire  
con el pestaño endurecido de la distancia.  
Volveré a mi voz cuando el yo sea eco,  
volveré al árbol que ahonda sus brazos en la piedra sahumada  
hasta quebrarlos; al grito del pájaro que se incendia,  
como un émbolo en el vacío repitiendo su designio.  
Repitiendo. Tirar  
de los ojos lo perdido,  
de las uñas hasta escribir el polen seco de la sangre,  
atracción como de salto que se mira;  
tirar de la lengua a lo nombrado.  
Porque tengo intuición de pájaro  
que en la llamada grita buscándose;  
tengo el abrazo de lo desecho  
en los restos de infinito que me nombran sin repetirme,  
golpeándose arena contra los ojos, humedeciendo alfileres  
entre la imagen y el pulso. Puedo oler  
el brillo de una gota en la selva,  
en el corazón y en medio  
de las escondidas vidas que la palpitan.  
Volveré a mi voz cuando el yo sea un cauce de flechas enterradas,  
solamente el viento roe las cadenas del mar hasta florecer el tallo  
/del silencio.

Arranco del tiempo su fuga que sigue en lo inconcluso,  
detenido en la expresión que abarca: escalera cubierta  
de simulacros estéticos que no terminan de caer.  
Es el sitio amarrado al remolino ciego de las olas,  
es la fuente detenida de cicuta, el tacto de un leopardo  
que nace desde la espuma,  
violento de belleza; un sonido  
de espuelas que se parten  
sin tocar el tambor polvoriento donde danza.

Para caminar hay que desprenderse los ojos  
de la red de figuras que los apresan,  
porque en este camino que no avanza no has de oír  
lo que te ve pasar, las vidas que te ven nacer.  
Eres un rasgueo entre los dientes,



venido desde el nunca, venido  
desde todos los orígenes  
como un nacer que se precipita.  
Rodando en fragmentos  
tienes la oblicuidad de un capullo encendido  
a través del espejo que se acerca hasta cernir las orillas:  
la indecisión entre la cisterna y el reflejo irrumpe una mano,  
que ya le han esculpido una mirada enterrada en el dónde,  
en el adónde de dos momentos nacidos en iguales asas desde  
/la raíz;

una mirada de relámpago que muere con los ojos abiertos,  
mientras quema el apoyo de su salto.  
Ahora, el vacío es un tacto con lo restante.

Sonata de libélulas nocturna,  
retorno ritmado que se trenza, dedos  
que interpretan los arcos de sonrisas,  
las hebras y el brillo de la sal en tu cabello;  
o la manera en que cae tu ropa como máscaras  
de un teatro que se realiza sobre la constancia atravesada  
por el precipicio de la saeta y tu piel  
se toca con la piel abierta de la nieve.

Es el transe de una ola antes de morir.

\* \* \*

### III

Nuestras manos erguidas de distancia  
como una llama que en el hielo cruza su ardor,  
roen la cáscara donde revienta la cara del mundo,  
buscando la dirección cortada en su madeja.

Acaso, una grieta donde hundir el pilar que sostiene  
el ladrido vertiginoso, de la cadena hacia los precipicios;  
una huella para quebrar el paso en que nace el sendero.

Lo distante en el ciego toca su rostro, de pronto  
como un crepitar borrado las hojas secas arrastran su semilla  
entre largas cuerdas.  
Este es el abismo que sube en busca de su propio equilibrio.  
Aun cuando el agua  
de la copa no es la misma en su círculo que permanece,  
aun cuando la ola en lo sumergido no revienta.

Por ello descorro las vendas que son mis ojos  
y estoy de mar atravesado en su brasa blanca  
que revienta crecida de anillos; estoy ahora  
acostándome con un puñado de estrellas  
hasta romperlas, mordiendo la moneda en mi boca ya florecida  
en el crisol que derramas entre los cuernos. Entonces entro  
en la piel germinada por los tragados párpados,  
para ver que en lo inacabado rueda el simulacro de carne  
y sangre y ojos, que me lanza enredado en la lengua de la tormenta  
hacia la tormenta, encerrando el sonido  
como las alas de un pájaro entre los vidrios del aire.

Este es el punto, abierta el agua y la tierra en su marca  
como la silueta en la pupila perdura un instante su lejanía:

Se yergue el camino desenredado entre los peldaños,  
la cuerda que une lo lejano y lo desconocido,  
que mueve mis piernas, mis brazos desde lo negro  
de un ovillo que al tejerse te pronuncia.  
El blanco de una sien hacia su anverso precipitada  
nos otorga su lámpara entre las cicatrices de la ola,  
entre el disparo y su tránsito ciego; nos otorga su zarza encendida  
que yace en medio del océano sin vuelos;  
en el mar que quiebra sus hombros de espejos entre peñascos,

en sus ojos de espadas que se hieren  
 salta nuestra bengala desenredada de búsqueda,  
 expandida, aquí corpórea, la bengala hecha instinto  
 que se le agotan las manos,  
 callando y siguiendo,  
 callando y siguiendo  
 callando  
 y siguiendo, los faroles atravesados en mi garganta guían  
 las náufragas puntas de la estrella; porque la mandíbula rota del  
 canto  
 continúa nadando encendida de petróleo, como animal  
 que choca con la quebrada diadema de la ola  
 y en su fragmentación de nogales de vidrio el animal  
 es una hiedra oceánica, un corazón bajo la lluvia  
 comiéndose la abstracción de su referencia.  
 En este ballet de tierra, en este remolino contra la corriente  
 donde el jinete gira en la soledad del caballo desasido,  
 me tallo los granos dispersos de la piedra en la locura, los hundo,  
 anillo las verdes cuerdas del mar en la lira,  
 arranco las marcas del tiempo que araña en el árbol;  
 desde el torso de un ave que me flota el cielo  
 lanzo los sellos encendidos del vuelo, la germinación de los  
 /fragmentos,  
 la germinación como una lluvia de dientes pronunciándose  
 tras el ventanal trisado del mundo; desde este laberinto  
 cruzado entre ojo y ojo, enredado en un decir que no se alcanza,  
 que se persigue el dolorido olor de la sombra huacha,  
 que se persigue quebrando el reflejo dormido de su imagen.  
 Con las manos enterradas entre las aspas  
 avanzo, como avanza  
 una mancha de tinta en la camisa,  
 o un viento que dobla las rodillas del viento,  
 volcando el barranco de la voz  
 hacia el susurro cortado que se busca en círculo de pedazos;  
 hacia donde se agranda la llama de sangre  
 en el roto cuadro de tiempo trisado  
 por el tiempo y por la risa de su estructura royéndose  
 entre la yerba; la llama de sangre, la pared del humo inaccesible a  
 /su incendio:  
 ninguna línea que los busque,  
 ninguna línea que me nombre,  
 porque he sido robado por la loba  
 que marcaba el óleo de la nieve con sal, en las hojas  
 con su sonido de alambres.  
 La última palabra que te nombra, ahora

en tu pecho se secan los nombres que fuiste, ahora  
la llave de rotas cerraduras  
que te esconde en ecos enredados,  
como el polen de metal araña sus puntas en otro pétalo;  
ahora, la última peregrinación por el rostro anterior del dios,  
la búsqueda reversa de sus facciones donde entra el volumen  
de la máscara, está entre los bosques, en su cruzir  
de cuerpos que se han unido a las raíces  
que la piedra hecha de ceguera, dolorosa, la piedra:

Una sima sostenida al interior de las torres insomnes del cielo  
ve pasar sus saltos.

Tu propagación no es tan sólo esta luz con los ojos cerrados,  
/desollándose,  
no es tan sólo esta lanza de agua encendida por dentro:  
Porque las raíces de la tierra  
eclipsan el sendero de los gorriones oscuros,  
rapsoda, trovador  
de cuerpo mineral y rugoso es el viento  
que pasa tragándose los sueños.

Y es el sueño, tú, detrás de la última cicatriz  
que encierra la distancia de tu piel y tu sangre,  
sueñas el párpado que te abre,  
sigues hasta romper la arcilla y quemas  
tus dedos moldeándote, ser  
uno en las fracciones,  
ser de tiempo y marcas,  
ábrete con tus manos  
el rostro, quémate riendo, tú, embrión de hielo, ser  
de sucesión y repeticiones  
y simulacros y calcos, germínate  
los ojos en su cuita tornasol  
donde asedia la raíz oscura que no existe, reflejándose  
hacia el ápice interior sujeto de banderas en tus años.  
Deshilachados, procréate hasta comer la sangre negra de la tierra.  
Te hundes de ti, vacía lengua que pronuncia la vida,  
haciéndote de amor en la higuera donde atravesado cantas;  
tuya desde cuándo la higuera, desde dónde,  
ahora reconociéndote,  
como se reconoce un animal en la muerte de su hermano;  
tú, te ves cadenciosamente morir en tu continuidad  
como la forma caza lo distante.

¿En la mano de tu piel está la línea  
que te persigue y que te arrancas, sin permanecer?

Entre el pestañeo de tu piel y tu sangre pasa un río de palomas.

Acaso, la fuente que del reflejo es una estatua  
quebrándose en el océano, te aprieta el fluir  
ahogado en la cerrada flor de las venas, te impulsa  
este eco a la orilla de tu voz  
y luego solamente los vestigios palpitando la quemadura.  
Solamente los vestigios  
dan cuenta de que la llama cambia de fuego, no de luz.

Somos un puñado de arena  
que al caer en el espejo recompone  
la marca anterior a la sílaba,  
zambullidos con los ojos abiertos en la flor de cien puntas,  
mientras quiebro el sello que roe el mensaje;  
desarticulación de la huella que abarca la palabra nunca,  
desarticulación de la huella que rueda cerro abajo  
cortando rosas y enredándose en el cuello de los cisnes,  
sostenida en la cara opuesta de la niebla,  
como lo que en el vivir aún presencia lo perdido  
en lo no llegado.

En el oleaje por la piel del sonido sube una grieta  
sin cara desde el faro abre su espacio,  
rayada de cirios, como una serpiente  
encendida por dentro.  
Una flecha de ínfulas que se enraíza en los pómulos  
atravesados aquí forman un puente,  
entonces  
solamente lanzarse por la garganta  
del aire, en el aire y en el viento  
que esparce su fisura por el óvulo  
abierto de las pausas, su cóncavo  
y derramado contenido;  
el instante del reloj quebrando primaveras,  
de la propia piel abriéndose a través del humo,  
crisálida en cámara rápida y en el centro  
vacío de la flor arquitectónica en que nos componemos,  
sangre de la sangre manada, como un líquido que se cae  
de boca en el sendero de su tránsito. La búsqueda que somos  
/nos deja ir.

\* \* \*

## IV

He de encontrarme con el ámbito donde me genero,  
he de procrear en la espuma su cara diseminada,  
mientras la madera borra la línea en que tallo la memoria.  
Puedo seguir  
con mis piernas nacidas hacia los sentidos  
ya brotados del viaje.  
Entonces me ha de dar una razón el azar, o un pulso  
el decantar monótono de mi frente buscando lo que no se  
/encuentra  
perdido ni enterrado en los días, en la sucesión terrible.  
Me veo anterior al grito, formándolo con cuerdas encendidas  
y en la llama  
se quema el color de las visiones:  
el ojo que se hunde  
de cemento en cemento no tiene raíz. He dicho  
que tengo las piernas hacia los sentidos florecidos del transcurso  
como un coral que agranda su mano y no puede  
asir el volumen del color.  
He dicho que procreo en su fisura el signo,  
que arranco las estrellas que miran las estrellas  
hundidas en el fondo del cielo y sigo ante todo sigo  
que solamente quede el verso que se le resbala al tiempo  
húmedo naciente el verso como una mano irrumpiendo desde  
/las plumas y la orilla  
naciendo desde el ojo quemante del mar en su antorcha que  
/brama  
a través de los ojos entregados de su racimo,  
y en los párpados cubiertos de vaho  
el musgo abasteciéndose y rompiéndose el propósito del hambre.  
Sólo el golpe del minotauro que danza en su círculo,  
machacando la piel del ruido, hundiendo  
el martillo del galope en la boca del límite.

No puedo ir desde un punto hasta otro punto:  
no me vincula el piso húmedo  
donde se sostiene el rostro del tiempo en la memoria;  
florecer sin el cuerpo del pétalo,  
la única puerta que te empuja a elegir, pero no hay cerradura:  
de silencio en silencio grita el mundo,  
lo borrado persiste mirándome, alargándome con la ausencia  
y no quiere soltarse de mí la larga huella que arrastro,

haciendo surcos con una espalda de barro  
que no puede nacer en su luz de fuego negro;  
o una sombra que se levanta  
y le peso demasiado a la sombra.  
Navego como un puñado de piedras en la garganta,  
la palabra que no terminó de hilarse ya cae en el sonido,  
bruta y hermosa, recompone su peso en el otro perfil del tiempo  
y me mira  
desde el catalejo poderoso del naufragio.  
Recomponer el camino borrado del planeta en su salto,  
recomponer la ausencia que sueñas que te roban.  
Hay que morder en este transcurso la simetría, bramar  
el espiral de espermas que te asciende,  
porque el doble te choca con la ceguera de su dirección gastada.  
Pártese como una piedra de agua,  
pártese como el grito  
de la caída que sube por las paredes del légamo:  
la cara que veo al interior de la sombra la voz ahuyenta,  
el único despojo que me contiene, animal de dos colas  
que una y otra tiro en direcciones opuestas, noche de procrear  
/como  
cerrando la puerta de sangre contra el espejo,  
como sellando una larga máscara de carbón en la silueta,  
o moler los dientes y levantar la figura caliza,  
que se la lleve el viento, que se la lleve la ruptura  
de un cuerpo quieto de polvo cuando el viento lo alza;  
el vestido largo y pobre de la ausencia  
aquí se repleta de numerosas sangrías,  
enfermo terminal de sueños contra la corriente,  
me he ganado la otra cara del dios, laceando un sol gastado,  
ovulador de realidades,  
edificador, alumbrador en transe, escalera clavada en la tierra,  
construyendo úteros alrededor del mundo.  
En el deambular de los pilares la serpiente pasa incendiando  
la voz que la persigue; aquí descorro la piel repetitiva de la  
/imagen,  
todos los momentos  
son un solo punto tirado de las puntas.  
Me como la crisálida ya crecida hasta la última puerta del siglo,  
en el tiempo desgastador hago una grieta, entierro un vaso,  
en la edificación continua de las olas  
grito con el puño cosiéndome,  
porque está seca sin los labios la víspera cortada de la noche,  
pero yo agarro del cabello al tiempo y lo lanzo  
contra los cristales del olvido:

sólo busca el incendio la luz que poblada lo desconoce,  
salir a cortar montañas para hundirse, vuelo noche arriba,  
carta de tres caras, sueño  
de raíces opuestas que te olvidan pero presencian:  
lo que te ve no ha de reconocerte, porque lo que no apresa  
no necesita tu designio; luz de bosque demasiado llovido  
que te hiere los ojos como un alcohol de toda la noche.  
Me mano en el viaje ha de arrancar  
la raíz ya florecida y lanzar en la suerte la moneda de la sucesión.  
He de procrear, manifestar los dobles, manifestar  
los dobles, levantar el sonido de las campanas con una larga sogá;  
solamente en lo inconcluso se rompe la continuidad,  
sólo en el espejo sumergido no se es preciso de los límites  
en la referencia, abarcar lo inacabado,  
proyectándome del viento en su herida;  
sólo la oruga del silencio abarca lo que de mí no existe,  
he de buscar en la cifra que crece de rostros en mi nacimiento.  
Tan adentro mi piel que he abandonado la sucesión:  
como el río apresa una larga llama de vidrio en su perfil.  
Es el jaguar ahorcado en la luz que muerde dentro del relámpago,  
el telón sin cuerpo que se cae, antorcha  
de las miradas que ven la piel incondicional  
del tacto crecer hasta la muralla del humo;  
la escritura en el polvo frío y desesperado de la sed,  
agrandando en tus labios la proyección de un puñado de caminos  
abiertos en sus cauces, como una red de agua encendida.

Que haya voz para los pájaros hundidos al fondo del cielo.  
Que ellos griten ahora, como un piano que sonríe sus teclas,  
que ellos se multipliquen desde la garganta del canto  
como un ola que rompe sin caer;  
que crezcan hasta oscurecer el cielo, que al ojo lo nutran  
con una cicatriz demasiado honda, demasiado negra,  
donde me sea dado, ahora, alargar el brazo hasta manar el aceite  
oscuro del sueño a través de mi cadena de proporciones;  
donde me sea dado rodar siendo la suerte y la cara opuesta que  
/me determina,  
donde me sea dado multiplicarme en lo inúmero, abastecerme  
de este decantar en cámara rápida  
por la garganta de las manos que la aprietan.  
Mas una nueva figura, un silbido sostenido,  
de la proyección arranca el cuerpo y del cuerpo la mirada,  
diámetro que quiebra en sus espalda el tránsito  
y gira como una hélice de leche en el cielo,  
seguir, solamente que lo simultáneo me avance,



como en la ola el mar se pliega.  
Agua nocturna derramando la posición vertiginosa del reflejo  
y piernas que se cortan cerro arriba.  
Se fuga un disparo entre las sábanas, la sangre  
y el frío con su fiebre de recuerdos  
se confunden en una cadencia como de mediodía entre la arena,  
de sentirnos  
en el ir, en el transcurso  
yerto y hermoso de la agonía.

Porque se convierte el agua del tiempo  
en agua de seres que pasan en el tiempo.  
Nocturna, en lo inasible están las marcas,  
que canten por mí que soy un eco sin término ni grito,  
que estoy en lo ausente,  
como la flecha al arco atraviesa su inmovilidad.  
Voz de garganta florecida  
sobre la ceniza negra, tus pies se caen cansados  
y se enredan con las raíces cerradas del símbolo,  
pero transcurre un fluir de venas  
y como en el espejo roto es dado extraer la baba del silencio,  
me es posible arrancar las gotas de este cauce  
con una larga sogá hundir los pedernales.

Perpetúo el perfil de lo inacabado,  
pero la forma no termina jamás la presencia  
de lo que se halla  
eternamente girando sobre sí mismo.  
El anillo aprieta el olor de la cicatriz.  
La mirada que ve el retorno y lo niega, que se mira  
a sí misma,  
voz que sueña su medida entre el límite  
y la figura que persigue.

El barro quema el hueco donde el ojo templea sus largas cuerdas,  
cruzado entre tréboles de seis estrellas.  
Mientras la voz no duerme, no descansa, no se cierra  
no colorea, ella  
ella solamente  
observa  
cómo  
se teje la vida pequeña, la otra vida que te impulsa el iris,  
tu sonrisa lanzada hacia el jamás de su centro. Vertiginosa escalera  
de ser, porque se escuchan  
caras seguir el cuerpo de la mirada,

porque se siente el instinto de estar perseguido,  
rompiendo, como un oleaje en mitad  
de océano desértico de la mente, sin orilla, sin fuerza.  
El amanecer hacia tu boca se desconoce,  
porque tú corres abriendo  
todas las puertas para herir en los ojos la suerte.

La llave es tuya,  
como la dirección es en el transcurso,  
del naufragio la posibilidad  
y de la orilla, el retorno.

\* \* \*

## V

He de abrir el volumen hacia sus claros,  
encontrar el anverso de los pilares  
dentro de las pieles de la esfera que el tacto ahonda;  
he de entregar la mano que esculpe la semejanza  
en la tragedia de la unidad sin sus dobles asidos;  
proponiendo una apariencia escarchada de astillas en los labios,  
proponiendo que se pueble la repetición  
hasta el pozo donde se corta la raíz y se fatiga  
la curva línea en centros compuesta.

Sólo me ilumina la luz  
cuando quemándome me apaga.

La tea hundida emerge  
el rostro de la roca aún no esculpido  
en la dimensión que abarca.  
Porque la visión no es lo que se modela,  
sino el rostro inmenso tras la máscara.  
La flecha  
no cruza la vida, pero la toca.

El traspaso ahueca en mi mano la antorcha:

No ha de ser el ámbito que aprieto  
sujeto en el precipicio del abrazo,  
sino que en la falda del tiempo me hilan como un racimo  
de continuidad y cintas  
que no terminan de caer.

Que un papel quemado rompa el artificio  
del límite en su sostenida referencia. Si he de verlo  
propagado el yermo a mis pupilas siembra;  
y el espejo en un rostro conocido, multiplicándose en sus posi-  
bilidades,  
con la vista confunde sus manos, como distancia de un mismo  
puente.

Los pasos entre la pausa que dejan caer  
y sus manos representadas hacia lo que no alcanzan,  
no son tan sólo esta unión que abre las puertas que al azar fija,  
que une la orilla de la simetría:

de un río hasta otra lejanía  
solamente lo inaprensible  
desanuda a la bestia de dos lomos,  
arqueando el camino del tránsito hacia sí mismo.

El mar no es la unión de cada gota con cada gota, sino  
el pelaje extendido de la nada:

Cierro los ojos a la luciérnaga con otra luz  
y abro el cuerpo de mi posición,  
como una palabra a los labios extiende.

Los tábanos persiguen un eco cortado  
mientras delíneo  
la huida de la culebra  
con fuego.

¿Hay alguien dentro mío enmascarado con mi rostro?  
¿Hay alguien dentro de mi rostro enmascarado con mis formas?

El peso de ser abre una orilla en mitad del mar.  
Veó al océano debajo de mi cara,  
reconozco los rasgos de mi ceguera,  
veo a mi mano tensar  
la vasta cuerda hasta quebrarla:  
una estrella cegada pasa debajo del mar  
como el sonido se extiende hasta romper su vibración  
y luego sólo granos  
de un fruto sin retorno.

Abro la línea sucesiva en su huella  
y veo pausas embozadas,  
cuento las hiedras que me nacen de la boca,  
iluminadas de ríos.

Por ello recompongo los pequeños dientes  
de la piedra aún liza  
y relleno con encendida arcilla los peldaños  
de mi presencia, templando  
las aspas donde romper la parte de mí  
que se sostiene como un peso callado.

He de ver a mis dedos creando la estructura de su tacto,  
sin embargo reconozco la ficción  
de asir un puñado de luz que se quema.

¿Acaso algo se pierde en el juntar  
al agua dura del río  
un motón de transcurso?  
¿Es solamente mi substancia la suma de un solo volumen sordo  
que determina y corta  
allí donde no alcanzo y sin embargo me precipito?  
¿En lo curvo está la mano  
que acaricia el pilar?  
Hay un hueco constante  
entre los labios, un aire hecho de espera  
que no pertenece al viento de lo pronunciado:  
cada fuerza que se dispone y es  
y será; el sepulcro, el cuerpo, los recintos  
que se necesitan:

El beso a la boca unifica su vacío  
en otro silencio.

El movimiento de la llave a mi mano abre, pero  
¿Cómo urdir al olvido en otro olvido?  
¿Cómo a la cera en el fuego permanecerla  
sin perder una cima, un éxtasis?

¿El color en el aceite, acaso, no es únicamente  
un puñado de segundos y luego una muerte  
lenta que se apaga?

Pero solamente está muerto lo que se mata:

Hay tantos pájaros que florecen entre más distancia los anida  
en el vacío.

Nosotros asgamos lo expulso:  
en la figura que se fuga están los tactos que nos sostienen.

Por ello sumerjo la flauta de sangre  
para que cante la interminable cinta:

El reflejo ahogado en mi puño aún  
estira sus raíces  
en la luz que nombrada signa lo que de ella se pierde,  
sin alcanzarla jamás. Jamás  
termino de despertar cuando sueño un largo llano  
repleto de rostros iguales en sus leves diferencias.

Solamente el espiral integra el recorrido  
que apresa una parte y puebla los restos.  
Se decanta, como una mirada de polvo  
en el viento, hasta de la sombra ciega llenar el espacio  
ciego y un sendero  
determinado por el lagar del tacto  
crece de venas, como una red abierta en sus puntas.

Voy hacia la tierra quemada,  
soy la tierra del incendio  
con sus uñas de bronce mordido.

Junto el idioma de la cera, la manada  
miel de sus ojos me dice que sigue abarcándose,  
como lo que soy en las cosas quietas  
me moldea.

En el espejo de ojos derramados  
el lago abarca el contorno y la manera  
en que se arrastra la búsqueda :  
¿El hueco de la duda  
tañe la facción donde duerme  
el cerrojo de la rosa cerrada?

Pero algo sigue palpitando en el fruto caído,  
la sombra pesada del silencio,  
o el silencio pesado de la presencia de ser  
uno y muchos, sin ser la llave que te espera  
detrás del movimiento y la posición,  
todo en una sombra extendida, sola  
que huelo en sus palpitaciones y arrastro hacia otras lejanías,  
como una bestia de muchos cuernos tirada  
hacia el barranco su sonido arranca.

Por ello el ahorcado duerme besando sus ejes,  
para que por allí pasen cicatrices y nombres.

Ha de ser lo que en el descenso  
se partió, como una piedra a la rompiente no socava,  
como un remolino enterrado  
se ahoga en el aire quieto.

El hocico blanco de la ola  
alumbra la fracción común de los despojos  
cuando se yergue el mar

en su garganta abierta de pétalos blancos.

Se ha de bajar,  
encender la escalera de argolla enraizada  
en el pecho y reconocer  
la voz  
pegada a las paredes húmedas, como escamas,  
cuando la lámpara cruza de brazos su peregrinaje  
y aun el hilo tuerce el llamado,  
sin regresar nunca  
a donde se ha extendido.

La cítara suena  
a medida que el horizonte del contorno  
contiene el sonido que se expande.

Se ha de descender  
con la boca anegada de monedas,  
con el filo mordiendo el labio negro de su sangre.  
Se ha de descender.

Ilumino el acorde lejano  
hundido en medio de mi frente, ahí  
donde el espacio desanuda un idioma que su estructura  
sigue poblando, inamovible, porque está cortada  
la red que te sujeta, que sujeta al aire  
que la sostiene.

La cuerda tragada desanuda la lejanía  
de la dirección que en el camino se derrama  
como un beso sin boca.

¿Busco, acaso, algo  
que agrupe el vértigo de la caída  
y la limpieza de la unión en sus trazos?

¿Busco, acaso, el ámbito  
donde componer lo que disperso me unifica?

No soy más que una multitud callada en una sola boca.  
No soy más que la confusión  
de la arena en el viento desatada.  
Sin embargo, ya se ha descrito la gasa  
de la frente hacia la herida inmensa tras la ceguera.

Me hundo como un rosal de bronce  
en el metal, rompiendo la belleza de lo definido;  
en los dientes de la tierra quiebro mi boca,  
mientras la llave en mi voz  
ilumina la ceniza  
cerrada.

En la clepsidra robo el agua, ignorante,  
que teje la larga línea que se hunde sin recorrerla.  
No somos más que una tejedura de recintos,  
una espera constante de movimientos que duele sobrepasar,  
una ola que el viento vence antes de erguir, quizá,  
ahora que la orilla comienza  
hacia el cielo.

Alumbro y rompo el cristal borroso  
que contiene el cuerpo ondulante de la sombra, el sonido  
arrastro por las piedras, enredando la serpiente  
de mi espalda en el húmedo fuego del musgo.  
Y entonces coso mis granos en un tronco sahumado.

No ha de venir la medida del agua  
con su larga máscara de lino. Arrullo  
el negro aceite derramado entre los cuernos,

mientras del despeñadero extraigo el catalejo  
crecido de raíces y lo hundo  
en mi garganta, perdiéndolo  
de nacimiento en nacimiento, el catalejo no tiene nombre,  
no tengo designio en el número que rompo  
danzando en su eje sin facciones.

La ceguera se busca sí misma para nacer,  
mientras me giro como una bengala de sangre  
en el ojo cerrado del cielo, rompiéndolo.

\* \* \*



## VI

En la circularidad opuesta que gira su color,  
se vierte la cuerda rota del relámpago.  
Es el tiempo  
de la cara desarticulada en el tiempo, el golpe  
de los ojos que no alcanzaron a abrirse,  
el estómago y la ranura  
desde donde nace, por donde mana,  
la tierra que se dispersa exhausta  
en el grito de su eje.

Por dicha cintura, por aquella oblicuidad  
se trasluce un vínculo:  
adentro de las formas hay formas que se juntan,  
colores en antorchas de rojo cabello sopladas  
por el mismo calor que las moldea,  
moviéndolas mientras su llama  
eriza las formas de lo estético.

Existe más de un sueño en el ojo abierto que cae.

Mientras un collar se nombra uno a uno los huesos  
en los temblores de la garganta de los pájaros.

Muere un acorde y se levantan dos manos.  
Más de un mismo aplauso perdido  
en tus piernas de tijera.

La cintura se junta en las manos  
como un río, una angostura de lámpara.

Entonces

La rota simetría en las divisiones,  
el deshojarse en cámara rápida, el movimiento  
que revienta lo terrestre, que arranca  
láminas verdes; la lengua cosida de la tierra,  
con las raíces colgando en pompones y párpados  
volados, volando  
por sueños de despertarse sobre una rama del pecho nacida.  
Resucitando especies de sus especies  
chocando y naciendo contra los vidrios.

El agua, el mar océano, con su sentido de gran ola durmiente,  
en el gutural corazón por respiración tenida,  
a todo lo ve y a todo lo levanta en su vibración  
constante, del ojo hacia el sonido roba  
la superficie donde se mezcla la distancia.

Estamos escuchando como hijos del mar  
que escuchan las venas de su dios romperse  
en el suicidio de la gloria.

Para todos, para uno en la cara plural de la piedra,  
para el óvulo,  
trampas y trapecios de siglos bajo una línea delgada;  
una sola empuñadura que disloque  
la locura, la gloria magistral de las batallas  
demoliendo lo demolido y arrastrando  
y arrastrando y demoliendo  
la locura del cabello a través de la tierra haciendo surcos  
para verse cara a cara con la palabra de tu nombre.  
Se eleva el grito de las malezas  
rompiendo los muros. Me doy cuenta  
de que estoy lejos,  
lejos desde el siempre. Me escarba  
lo que no tengo la noche de mi silencio helado  
como la almohada donde babea los olvidos.  
Muertes más lúcidas que la de nuestros hijos  
muriendo en el tiempo, en nuestra mano. Me doy cuenta.  
Para todos, para uno en la cara plural de la piedra.  
Una danza entre los dientes  
aplasta con amor y naturalidad el rostro de su música,  
risa danza quema y mata  
roca contra roca los dientes,  
para que ya sin movimiento  
volvamos en raíces a sentir cada sombra  
de la distancia acercándose. Entre cada latido,  
el cuerpo que rompe las ventanas  
nos hará extender los verdes brazos  
para quebrar nuestra caída y tejer  
la ilusión que nos acoge  
cada vez que se trisen, cada vez que nos aguanten  
las imágenes en los ojos y el vacío en lo perdido.

Una luz me ve descorrer el párpado que lo cierra.  
Las figuras en un sueño me ven olvidar el camino.

Mi mecenas se quiebra las uñas dentro de la locura  
para que yo escriba su grito. Y se quiebran  
mis uñas  
cuando rompo los dedos del loco que me mira. Resistirán,  
entonces, la vida  
resistirán riendo porque reluce su piel de semilla  
arrojada entre los surcos de la suerte,  
naciendo por la espesura de la selva  
mental a través de brazos y venas verdes,  
brazos crecidos desde el fondo de la sangre, que revientan  
y que nacen por el aire y la tierra. Resistirán  
la lluvia de la fiebre.

\* \* \*

## VII

Me anillan los sitios desgranados de este viaje y en ellos  
disueno, como dos alas enterradas a distinta altura.  
Bifurco el retorno del círculo, abriendo su mandíbula en su  
propio grito;  
me como el hambre de la realidad sin forma, mientras voy  
quebrando las manos de las manos en la escalera de plumas  
despeñada,  
en el hocico de perros negros sin cara me quiebro las manos, en  
la fisura  
donde entra el largo cabello de la muerte hasta sentir  
su piel en el óvulo de los cuerpos que será:

Pastizal rociado de aceite y corazones de aceite,  
sáquente, mátenete, la escarcha de tu lengua  
enterrada ha dado un fruto  
hecho únicamente de olor a sangre.

No ves tus manos tapando el rostro, pero adelante  
están las tijeras ardiendo en medio del océano, pero adelante  
saltan los perros mordiendo el horizonte y te miran  
reflejos sin agua:  
Romperse los ojos en las reiteraciones, oír, romperse  
el soplo en la boca viva que seré,  
como el sabor de la noche formándose en la lengua,  
como la lengua endurecida de saliva negra,  
estatua de palabras quebradas, quebrada señal  
del silencio, a través de un río de piedra rompe tus espadas,  
quiebra tu imagen en las peñas revenidas del mar;  
romperse la distancia en la reiteración de las manos, decir, rom-  
perse  
la boca en el aire que me muerde, en la aparición  
de racimos de memoria en mi cara  
de racimos de fracciones en mi rostro de racimo  
de cuerpos  
en mi sombra sola de racimo de olas reventadas  
contra el aspa de las olas: corriendo por ríos de cal humedecida  
como un ojal loco de precisiones cerradas, bramando alrededor  
de su rastro,  
ciego de insomnio, ciego de recuerdos voceados contra la pared  
que no se alcanza,  
mientras animales te muerden los tobillos; deshilachándote la

piel de tus banderas;  
la celada te quiebra el cuello de lo más allá, te rompe  
el tallo que modelas y cubres de yeso incesantemente  
mientras el caballo de voz, la bailarina sin piernas,  
erigen los hilos que sostienen tus ecos en otra orilla  
murmurando besos con tierra quemada entre los dientes,  
enredando la frente hacia borracheras y razones  
que no terminan de caer en la lluvia de nombres despegados,  
arrancados  
nombres contra el sonido que no reflejan;  
señales que te ven sin despedirse,  
dicen adiós con la cara cortada en la ventana,  
no más cartas signándose entre tu frente y tu tras de mí,  
entre tu tumba y tu señal de manos que se hundan, de trenzas  
de petróleo que crecen en rayos negros contra la noche;  
es aquello, es el barco que anhela naufragar en el retorno,  
el sol hecho de visibilidad que anhela ver su rostro repetido,  
pero solamente la fuga constante entre los ojos y el mundo,  
entre mi cuerpo y mi cuerpo se han cortado los abrazos,  
se me ha cortado la lengua de mis posiciones dichas,  
me pesan las plumas de huesos, me pesa  
la mirada en blanco y negro de aullido incesante.

¿A dónde voy que me cruzan otros regresos?

Mi carne seca que se la ha llevado el aullido  
de una máscara tras los sauces.  
Porque todo rostro se pierde en el vacío sin cara que lo sueña.  
Me como el espacio  
florecedo entre cada letra, cuando una parte  
de mi mano se hunde en un movimiento hecho de voces arro-  
jadas al murmullo,  
cuando se yergue el modelo que tiene a mis hijos atiborrados  
en la boca,  
espuma, cicuta, espuma, hijos, tinta roja de cinces que son  
mis dedos;  
en su mar de arena el desierto nace  
y tuerce la escalera de los ojos:  
me uno en un puñado de sueño  
hacia el sueño que lo desconoce,  
hasta el animal indiferenciado del cuerpo que destroza,  
en su zarpa, en su hambre; remontarme  
surcando el laberinto de la raíz enredada en la tierra del tiem-  
po,  
anegándome de polvo, cuando el polvo chocaba en el aire

como un gran piélago endurecido entre rocas de espuma,  
como un beso de piedras que se arrojan,  
una misma flor sin propósito de colores, sin una estación  
que le ahogue la cara contra la semilla, todo polvo, todo desier-  
to  
de piel y selva, cielo de mi cuerpo, cuerpo  
de mi cielo estrellándome en el útero de los cuchillos,  
cayendo hacia el volcán  
de estandartes desechos, donde nacen pájaros de agua  
como numerosas ortigas de oro; por mi boca, vomitando dis-  
tancias arranco  
el peregrinaje de cada piedra hasta endurecerse y erguirse  
en su tronco, en su árbol de serpientes con raíces  
de largos huesos que recuerdan el granizo que serán, que soy  
mientras retorno, mientras retorno  
hasta el huracán que se degüella  
colgado en el eje de la respiración del mundo;  
oleaje de hojarasca desde mi frente, cadena  
tatuada de manos,  
cadena de besos atravesados por una sola lengua,  
collar de ritmo en un solo rasgueo  
contra la corriente hasta la orilla hundida,  
hasta el salto del aire en su cielo de planetas,  
una antorcha de múltiples ojos en un solo fuego.

Soy un animal cabrío que se busca el penacho  
aullando cerro adentro, descifro la lámina  
indiferenciada donde se enciende el embrión  
sin facciones de la sílaba; fui escrito  
entre los matorrales blancos del mar, mi nacer  
esparcido, descosiéndose  
en estas marcas que asgan su sonar,  
que tejen la savia anterior a la saliva del viento que silba  
entre los pilares de los dientes  
y recito debajo de la tierra,  
porque mis costillas se rompieron de cuerpos para nacer, de  
pétalos  
el color se llenó en ojos que miran el tiempo  
quemado de muertes en el cielo,  
claro de ojo a luna abierta, sangrando endurecidos reflejos cie-  
gos.  
Ahora, son siete puertas abiertas que traen  
mi piel de oliva joven por la aguda arena,  
rota ya mi imagen en la réplica, roto ya mi eco en el rostro que  
me llama.

Una lenta madeja  
de sangre y de polvo arrastra lo que de mí se ha perdido,  
nunca revenido del todo, jamás  
del todo moldeado: primavera en vasos el desierto te ignora.  
Por ello en su retroceso la ola nace:  
por ello en su sed la arena despierta  
negras ojivas húmedas.

Se puebla de accesos mi mano,  
en mis párpados que asedian por verse nacer, en el rojo  
de mi boca arrancada como una cinta de sangre en el agua roja.  
Yo, escultor de la estructura que me contiene,

no me voy perdiendo en la disolución, sino  
que me talló en los despojos como el otoño  
sobre el otoño de sí mismo,  
como el camino que en lo perdido desenrolla  
distancias de palomas verdes,  
distancia tatuada de palomas verdes, desenrolla  
su propio regreso y salta por la piedra  
que hay entre cada imagen y cada ojo  
y cada forma entre cada línea,  
y mis costillas  
abren sus alas y su filo  
quiebra el cuello del cielo que me sostiene,  
tirante en sus puntas la dirección  
ve destrozarme en largos fragmentos encendidos,  
como raíz del recuerdo dicho a través de los ojos.

Todo en el azar es un centro flechado  
que se nombra contra el destino, tirándose  
contra el destino determinado del nombre  
y su cuerpo agrupado de lejanías:

El espejo apenas es un tránsito para ver el silencio  
iluminado en la cara hundida de los ojos.

Por ello, como la maleza de su verde ficción de polvo,  
una lengua que ya cortada canta  
no puede escuchar su vuelo,  
y un desierto engrifado de pilares  
se hunde en el agua del polvo;  
llegar a todo el hierro antes  
de ser hierro, estructura coraza segunda  
gruesa piel de pez terrestre,

desnudo de imperio entre los borrados dados;  
hierro que se quiebra donde la nada recuerda sus múltiples  
nombres  
como un trazo que se lee en la piel  
es también tu cuerpo:  
la estatua está marchita, el tigre es un óvulo  
lleno de tigres que sigue creciendo en sus zarzas, signo entre los  
signos,  
ropa apilada entre las piedras,  
aráñame  
solamente con la boca, mientras la sucesión  
de suertes se te quiebra, regar de indicios  
para que los gritos vuelvan a la voz. Sueño  
lo que no alcanzo, alcanzándome  
en el límite que me cierra;  
hundir las uñas en el polvo  
de la sed  
que me sitúa de grietas, yo era  
la silueta donde me reflejaba,  
apenas un color que derramar entre las hojas,  
un silbido besando la tierra;  
reinventar la repetición hasta dejarla muda,  
reinventar la mirada que apunta desde lo estático. Antes  
de que la semilla tuviera posiciones precipitadas  
en su despeñadero de selvas azules, quiero que mis manos  
la hundan hacia los hijos  
ciegos de la raíz  
y que quiebre  
su dolor el dolor de la tierra,  
que me entregue un crujir húmedo en la mirada,  
como un rosál del cemento nacido,  
como un portazo contra el llanto,  
una mandíbula abierta a través de la tierra. Cuando los días  
estén cubiertos de nombres y sombras y simulacros,  
algo seguirá creciendo, será  
una flor de carne que se quema, que anega  
con sus manos las facciones,  
la voz vidente que roe los despojos;  
que anega la repetición de las torres  
caídas hacia la altura terrible  
y hermosa del ascenso, agua que se decanta en mis ojos  
hasta crecer un tallo florecido de estrellas verdes.  
No podré hundir mi mano en la garganta  
demasiado  
demasiado larga que crece de tijeras



encendidas, acaso  
demasiado ciego, cortando el rosal por donde hiere el silencio:  
la palabra, un largo llano que se arrastra,  
que en este viaje he cosido con el crin del minotauro,  
en el blanco desierto he gritado lo idéntico del polvo,  
hasta agotar el polvo, cortándome los dientes en la piedra,  
sacándome los ojos y ofreciéndolos como un fonema quebrado  
donde germinar la fisura.  
Sólo mi rostro repetido que arrastra  
su cadena entre las cruces hiladas del trigo, interminables  
como una cola de hijos contra la memoria  
como una cola de muertes contra los hijos de la memoria.  
Sólo la procesión ya dicha de los signos,  
sin embargo debajo  
el cielo me sostiene, adentro de su párpado, en esa cima  
que es una apertura donde revienta un cauce hecho formas que  
se agrupan.

Destruir lo innumerable en las cifras,  
destruir la cifra en lo innumerable:  
¿Qué es lo que pasa: el tiempo o el olvido?

Comemos loto, somos  
nuestra isla que junta la orilla con el despeñadero,  
la espada en su corte y en su carne  
cortada por un segundo ambos.  
Brilla la materia como si fuera el caparazón  
de la sangre formándose lentamente en una costra sagrada,  
solamente la argolla que es un símbolo con la cara cortada ha-  
cia dentro  
junta el idioma a la lengua,  
como la procesión de rayas a las abejas atraviesa un solo cuerpo  
soy el siglo que me recorre,  
alargando de la garganta el hilo  
que junta los restos a mi fragmento,  
los restos a mis restos  
de palabras asidas  
desde la huella que persigue furiosa la mirada.  
Soy el siglo que chorrea gritando en la cifra, pero acaso  
un punto coincide, pero acaso,  
como una cerradura que se golpea la piel  
anegada en las posibilidades se golpea la piel y repite su sello,  
jauría de lirios encendidos que chocan contra el mar sin verlo;  
se nos ahoga de espuma la boca y nos desposeemos como la  
vida a sí misma:

Lo deshecho presencia la memoria.  
La brújula es la sonrisa flechada de la simetría.  
La niebla es un manto de crines terrestres  
que me sostiene, multiplicado,  
como un puñado de aliento en la lluvia  
crezco hasta borrarame  
cuando la división sobresale en las fracciones y no alcanza  
el grito a romper el comienzo que nombra.  
Volé hundiendo el brazo en el aceite tornasol de la fábula,  
la presencia y sus puntas cortaron el reflejo  
que unifica la fuente, hielo de un mismo peso roto,  
pero es la vista el polvo que de fuego  
presencia la forma girando en sí hasta quebrarse.  
Girando hasta quebrarse  
y soy de ella el agua, apresando el centro que la hélice propaga,  
como un polen de metal en la niebla gira sin romper el rostro  
de la nada.  
Se repletan las venas de los vínculos,  
apretándolos en su corte  
como un tallo de vidrio en mi puño  
junta la sangre con la savia y el vidrio y el retorno. Acaso  
como una red suelto la evidencia; luego  
rompo en una ola de serpientes que no termina de caer.  
Ya he levantado la lisa piedra de la voz,  
ya he arrancado la piel del río para ver el óvulo  
del tiempo mordiéndose a sí mismo.  
Soy lúcido para desposeer a mis márgenes  
y ser la unión que los acoge,  
porque apreso y suelto la búsqueda  
entre la composición que me propone de viajes.  
En lo idéntico está el plumaje tornasol que lee sus estrías de  
luz.  
En la rompiente aún lisa mis manos hilan la arena  
en orillas que terminan hacia el aire, mientras desgajo  
la cadena que sostiene la cerrada mandíbula del mar.

\* \* \*



**NOCTURNA**

de Guillermo Mondaca  
se terminó de imprimir  
en el mes de Agosto de  
2013 en la ciudad de  
Santiago de Chile.

De esta primera edición  
se imprimieron 100  
ejemplares.

[www.editorialfuga.cl](http://www.editorialfuga.cl)